

XVIII

DISCURSO DE INGRESO
EN LA REAL ACADEMIA SEVILLANA DE
CIENCIAS VETERINARIAS
(15-4-98)

JOSÉ ALONSO CÁRDENAS

Excmo. Sr. Presidente de la Real Academia Sevillana de Ciencias Veterinarias, Ilustrísimos Sres. Académicos, Sras., compañeros y amigos todos:

*'Un galardón -decía **Baltasar Gracián**- vale no sólo por lo que representa, sino por quien lo concede.'* El honor que me dispensa esta Real Academia, que es para mí distinción preciadísima, ennoblece más su mérito, por el alto rango de la institución que me lo brinda. No extrañaos por ello, de que me presente ante vosotros, abrumado por un sentimiento en el que la emoción se hermana y aúna con la gratitud.

En la soledad, al meditar sobre el tema, quisiera unir a mis modestos saberes, el "saber" decir hermosamente mis palabras.

He llegado hasta aquí desde mi campo nativo, que es para mí un sentimiento, un depósito de recuerdos de amor y afecto de los tiempos de mi infancia y juventud. Allí el lubricán mañanero levanta sombras de frío; a la caída de la tarde, el cansancio del cuerpo roto y despierto a la vez, donde la luz te parece tener el color de los lirios.

Todo ello es para mí un poema de nostalgias, recitándome por dentro la estrofa agrídulce, de un tiempo que se fue para no volver. Su diario camino creó, tal vez sin darme cuenta, benditas y poderosas raíces en mi alma.

Donde termina mi dehesa; donde Dios quiso que se abrazaran dos arroyos mermados por la sequía; donde la alameda de eucaliptos retorna en lugar de frescas sombras; donde la encina y el acebuche se miran en la corriente cristalina; donde las jaras y el tamujar espinoso se enredan en los tarajales; donde brota el espárrago favorecido por la sombra del lentisco; donde sobre los cardos se asientan los caracoles; donde florece el tomillo; donde el zorzal eleva su vuelo tratando de anular la acción mortífera del

cazador que desde su puesto le acecha; donde la perdiz es más cauta y la liebre más astuta; donde, al amanecer, el cuco con su canto nos anuncia la llegada del nuevo día.

Donde vi, por primera vez, al toro bravo refugiado en el espesor de las zarzas, después de la pelea mantenida con sus hermanos de camada; al ser herido huye acobardado; traumatizado en varias zonas de su cuerpo, dejando un reguero de "amapolas" por las jaras, alejándose del resto de la piara, permaneciendo "enzotado" entre las zarzas, como dice el argot campero.

Al repasar el ganado, el vaquero nota su falta, lo busca y pronto lo encuentra en su refugio, del que no quiere salir, arrancándose al caballo con evidente peligro; de vez en cuando lanza un bramido, mezcla de miedo y angustia: es la imagen del toro "abochornado."

Tengo para mí que el animal, al sentirse "vencido" busca amparo en la soledad de la dehesa, lejos del hábitat de sus hermanos, permaneciendo aislado, rumiando su "derrota."

El vaquero volvió grupas, lamentando la desgracia de aquel toro tan sólo con su pena; el jinete se fue canturreando este fandango:

"Ya que te ha tocao perdé
no puedes volverte atrás,
la honra se pierde una vez,
llorando y desesperá
me lo dijo una mujer."

Allí nació mi afición al campo y al ganado, que esta tarde con voz velada por la emoción recuerda una gran parte de mis años juveniles. Desde entonces, creo, empecé a ser veterinario y ganadero, afición que se adueñó de mí y que es parecida a la Nicotina para el fumador: que le daña, le produce tos, le trastorna y molesta, pero le hace seguir fumando.

En este agradable ambiente, donde se sueña y se canta, sin duda hay poesía y donde hay poesía, habrá flores, y entre ellas no falta el romero que tanto y tan bien perfuma nuestros campos. Porque el cante es como un suspiro del alma; en el campo no sólo canta el hombre o la prodigiosa garganta de los pájaros; canta también la mudez de los olivos o el melodioso murmullo de los trigales; canta también el revuelo del capote de un torero artista con sentimiento, y los andares pintureros de una jaca cartujana.

Hoy aquí, poseo de una ilusión enamorada, les brindo un imperfecto resumen de mi vida profesional y de ganadero. He rebasado ampliamente mis bodas de oro con ésta mi bendita y amada profesión; al estar entre vosotros, me invaden sentimientos, como los que las aguas de nuestro río Guadalquivir llevan hacia el mar.

Este acto que celebramos perdurará para siempre en el museo de mi espíritu, donde conservo las cosas más interesantes y queridas de mi vida, en el que *“mis compañeros y amigos constituyen mi mejor triunfo profesional.”* Ya lo dijo Shakespeare: *“En mis amigos están mis riquezas.”*

Mi trayectoria profesional, creo es conocida por todos. Con más de cincuenta años de colegiado en este mi **Colegio de Sevilla**, forjados bajo el sol de todos los campos. Mi labor fue desarrollada íntegramente en el agro, en donde tuve inquietudes y problemas, afortunadamente siempre resueltos, pero que ciertamente no aparecieron por generación espontánea ni en la frialdad de los despachos, que determinaron muchas horas, días y años de meditación y anhelo, en el marco campesino de extraordinaria grandeza, sosegado y tranquilo; que si tiene mucho de poético, también tiene mucho de calvario.

Fui ganadero de bravo y hoy lo soy de manso. En el año 1927, mi padre y mi tío Fernando, dos buenos aficionados al ganado y al caballo, adquieren las primeras vacas bravas, legítimas *“Carriquiris”*, que posteriormente aumentan con lotes del **marqués de Guadalés, Esteban González, y don Antonio Flores Íñiguez**. En esas fechas, yo sólo tenía siete años; presenciaba las faenas que se hacían en el ganado: apartado de becerros para el destete, herraje de los mismos, tiente de hembras y sementales, etc., hasta el arreglo de pitones -para emparejar una corrida; todo lo cual motivó que me aficionara a la ganadería brava. Por eso conozco de abajo a arriba todo el entramado taurino.

En el año 1932 presencié el embarque de una corrida de toros para México, recordándolo como si hubiera sido ayer. Terminado de encajonar el último toro, que se llamaba *“Sortijo”* y dio una lidia excelente, que proporcionó al famoso torero gitano **Joaquín Rodríguez “Cagancho”** un éxito de clamor; recuerdo también que el representante de la empresa, don **Antonio Villarán “Villarillo”**, pagó doce mil pesetas en billetes. Entonces se utilizaban poco los cheques o talones; los negocios que se hacían, al entregar la mercancía pactada, se abonaban en el acto, en billetes del Banco de España.

No puedo continuar con el ganado bravo, por razones de tiempo y espacio, pero queda consignada mi condición, aunque como es lógico, a mis pocos años no tuve intervención en el desarrollo de aquella ganadería de lidia. Lo que sí os aseguro es que provocó en mí un extraordinario impacto y que aquellas faenas con el ganado fueron mi deleite. Si tengo ocasión algún día, no tendría inconveniente en explicar con toda clase de detalles, lo que suele suceder en todas las ganaderías de casta y las astronómicas diferencias entre antes y ahora, en el discurrir del tiempo desde el año 1927 hasta hoy.

Pero os hablo de mi intervención en el ganado manso.

En mi modesta finca practico la ganadería, pero exento de vanidad, creo haber logrado cómo debe ser una empresa ganadera, con pocos medios pero con múltiples esfuerzos, casi siempre sobrehumanos, donde estriba su mayor mérito; allí practico la ganadería a tono con nuestros tiempos, de la mano de un veterinario con orientación zootécnica, no para “figurar”, vanidad que a mi edad no tiene razón de ser.

He realizado cruzamientos con ganado vacuno exótico, “Charolais” y “Limousine”, preferentemente con nuestra extraordinaria raza retinta, con la finalidad de aumentar en calidad y cantidad su producción; es decir, he ensayado en mis propias carnes. Entiendo que para ser querido y respetado es necesario predicar con el ejemplo, no olvidando que si el dinero de coste es fundamental, se deben aunar todos los recursos para demostrar su eficacia.

Personalmente, he realizado estudios económicos, sobre distintos tipos de explotaciones ganaderas, especialmente sobre vacuno de carne y lidia, sin olvidarme del ganado caballar –mis dos especies favoritas-, que algún día verán la luz pública, haciendo hincapié preferentemente en su doble aspecto económico y empresarial.

No olvidemos que el mundo mide el valor de las personas y de las cosas por el grado de utilidad que reportan, lo que debemos valorar especialmente los veterinarios; por eso, siempre he sido partidario de sembrar primero, para después recoger y exigir el fruto de nuestros desvelos. El veterinario tiene que ser experto en materia ganadera; ancho campo difícil de abarcar.

Considero necesario consignar, aunque brevemente, la crítica situación que atraviesa nuestra ganadería de carne, sobre todo la vacuna, en estrecha relación con la agricultura. El industrial tablajero y el matadero

obtienen unos beneficios muy superiores a los del ganadero, diferencias que perjudican principalmente al productor, es decir, a los ganaderos, que tienen más riesgos, más preocupaciones, más gastos y capitales invertidos -en muchos casos gravados por intereses bancarios-, siendo en definitiva los que menos ganan y más dificultades encuentran en el desarrollo de su negocio.

Es irritante comparar el precio del kilo de carne en el campo, y el que alcanza en el matadero y mercados de abastos; la diferencia es astronómica, pero en favor exclusivamente del matadero y de los industriales tablajeros. El público no se beneficia en nada de la baja de los precios que gravitan sobre las carnes en el agro y, consecuentemente, sobre los ganaderos.

A este respecto, creo que nuestra voz debería ser escuchada en el aspecto comercial, si entendemos que una política de precios poco razonable sólo sirve para enriquecer a los que nada arriesgan, en detrimento de quienes todo lo ponen y tienen derecho a precios remuneradores y hasta de estímulos, por tratarse de verdaderos generadores de fuentes de riqueza.

Nunca entendí una agricultura próspera, sin la cría y recría de abundante ganado. El **vizconde de Eza** tuvo la visión clarísima de este magno problema cuando dijo: *“Sin riqueza no hay patria; sin agricultura no hay riqueza; sin ganadería no hay agricultura; y sin veterinarios no hay ganadería.”* No olvidemos, por tanto, que, la agricultura y la ganadería son las entrañas de la sociedad bien constituida. Aún en los pueblos más industriales, con las naturales excepciones, las tres cuartas partes de la población son agrícolas.

Justo es reconocer que actualmente el campo y la ganadería no están como en los años de mi niñez. El progreso en sus distintas facetas nos ha creado motivos de satisfacción, al darnos condiciones de vida más fáciles y agradables, pero produce al mismo tiempo algunas briznas negativas de nostalgias hacia ambientes y costumbres que, hasta ayer mismo, formaron parte de mi diaria y tu diaria contemplación.

Espero que nadie interprete esto como lamentación o crítica hacia los momentos actuales de avance técnico; ni mucho menos. Considero, por el contrario, que el progreso tiene razón, pero no impide que comente, no como añoranza y sí como recuerdo, la evolución de un mundo en torno al campo, que día a día se nos marchita entre las hojas del calendario.

El campo invadido por la maquinaria, en cantidad, calidad, variedad, y en constante superación, ha cambiado su tradicional y su familiar aspecto “en donde algo se pierde cada día.” En definitiva, hemos de aceptar la transformación de mejoras que el tiempo nos impone.

No olvido que en el agro, aprendí a muy temprana edad, del trato, de las costumbres de aquellos hombres campesinos y ganaderos, duros como guijarros, bondadosos como el pan candeal, formales y cumplidores en sus compromisos -refrendados con un apretón de manos-, cumpliendo lo pactado -independientemente de cómo resultará el negocio. Aprendí, también, de ellos su andar por el difícil camino de la vida, no exento de elegancia espiritual y señorío, cualidades que completaban con honradez y caballerosidad. Conocí, igualmente, cómo algunos fueron a la ruina, teniendo varias veces que partir de cero. Sin embargo, y a pesar de la adversidad, continuaron como cuando estaban en la opulencia, sin que los vaivenes de la vida alteraran lo más mínimo su temple y recia personalidad. Ésta fue mi escuela, y así eran los hombres en aquellos tiempos.

Particularmente, pienso que no he sido ambicioso; entiendo que hay que abandonar la pretensión de cultivar varias ciencias y trabajos a la vez; he creído que, para aprovechar íntegramente las pocas o muchas facultades que tengamos, es necesario desechar las ocupaciones innecesarias, pues en contra de lo que suele afirmarse, “el saber ocupa lugar”. El cerebro es adaptable a la ciencia total en el tiempo, pero no en el espacio.

Hace aproximadamente cuarenta y siete años, entre compañeros de auténtica valía, intervine en problemas importantes, que por aquel entonces tenía planteada nuestra profesión, como fueron la plétora profesional, clasificación de partidos veterinarios en abiertos y cerrados, existencia de dos escalafones -oposición y concurso-, celebración de éstos para cubrir plazas en propiedad, epizootías, haberes profesionales, intrusismo y otros de menor importancia.

Recuerdo que, al crearse el Fondo Común Provincial en el Colegio de Sevilla, tuve discrepancias con mi fraternal amigo y compañero **Jacinto Vital**, que fue gran profesional, caballero integral y extraordinario compañero. En mi concepto, este Fondo no tenía razones de peso, ni daría resultados a pesar de constituirse con el beneplácito de los compañeros que ciertamente tuvieron mayoría. Poco duró su funcionamiento; una vez más, el tiempo, el mejor consejero de los hombres aún de los más expertos, me dio la razón.

No obstante, esta disparidad de criterios sirvió para estrechar aún más nuestro afecto y amistad. A Jacinto le conocí mucho y bien; vive siempre en mi recuerdo y mi memoria reaviva constantemente la admiración hacia él.

Entonces y ahora, *“la discrepancia -como decía **López Ibor-** está en averiguar si se decae porque se discrepa o se discrepa porque se decae.”*

Ante los problemas y durante las asambleas, cuando exponía mis opiniones, no miraba a mi alrededor para cerciorarme de si estaban conmigo los demás. Me bastaba con perseverar en la norma de sinceridad invariable, que es la única autoridad a la que he aspirado siempre para mi persona y mi palabra. El más seguro camino, no ya para la aprobación interior, sino para el tiempo definido, es decir la verdad, sin reparar en quien fuera favorecido por ello.

Siempre me encaré ante las dificultades, sin tener en cuenta sus contornos, aunque rozara a personas, personajes o personajillos; ciertamente sin violencia, sino más bien con mesura y humildad, pero a condición de que ésta no afectara lo más mínimo mi dignidad.

Creo haber sido hombre práctico, no sólo como veterinario, sino también en los distintos órdenes de la vida, y en aquellas fechas y ante aquellos problemas, tuve claro *“que había que poner la vela donde soplabla el viento, a diferencia de los que entendían que el viento soplabla allí donde ellos ponían su vela.”*

Por paradojas de la vida, fue aquella época, aquellos años en que la veterinaria definitivamente se elevaba socialmente, liberándose de los rezagos de albeitería, que cual lastre dificultaba su ascensión; pero repito, todos los problemas se superaron, entre otras razones, por la perfecta unión que había entre los veterinarios de aquel tiempo, unidos como soldados de un mismo ejército y defendiendo idéntica causa. Entonces se hizo y se adquirió categoría social y, lo que fue aún mejor, estuvo acompañado de bonanza económica.

Como he trabajado mucho en las ganaderías de lidia, la complicada vida de estas reses, dada su fiereza, creo que tiene pocos secretos para mí. Me refiero a sus sentidos, sus querencias, sus particulares reacciones desde que nacen hasta que mueren en la plaza; es interesante su estudio y más todavía su publicación, toda vez que a pesar de ser España la cuna del toro bravo, son poco conocidas las facetas de estas ganaderías.

Tengo perfilados algunos trabajos sobre las ganaderías de lidia en íntima relación con nuestra Fiesta Nacional, a saber:

- Actuación de los veterinarios en los espectáculos taurinos, en plazas de primera, segunda y tercera categoría.

- Actuación de los funcionarios del Cuerpo Superior de Policía, presidentes, delegados de callejón, secretarios de actas, etc.

- Aspectos económicos de la Fiesta.

- Estudio de los interventores en el llamado "mundo del toro": apoderados, vehedores, etc.

- Actuación de la crítica (prensa, radio y televisión).

- Como se encuentran actualmente las ganaderías de lidia.

- Comentarios, estudios y diferencias entre el ayer y el hoy de la Fiesta.

- Diferencias en los métodos de selección.

En septiembre de 1987, concursé al "Premio Garvey" con un trabajo que titulé *La Bravura* y que me ocupó doscientos folios. Quedé finalista. En él traté de la ganadería brava desde la época prehistórica hasta la actual.

Relaciono la bravura con la caída de los toros, emitiendo mi criterio sobre las causas que originan este mal. En el mes de marzo y en su día dieciocho de 1981, en *El Correo de Andalucía*, manifesté en una entrevista que me hicieron, mi opinión sobre la caída de los toros, a mi juicio, debida a falta de casta y consanguinidad, cuando prácticamente estaba en contra del criterio de prestigiosos compañeros. Años después, casi todos admiten, incluidos los ganaderos, que los toros se caen por falta de casta y consanguinidad, factores en los que siempre basé mi teoría.

Relato la influencia que tiene la bravura en la práctica del toreo, como igualmente estudio el toro de lidia en su relación con la economía, la pintura en particular, y las Bellas Artes en general. Finalmente, analizo el toro bravo y la uniformidad en el toreo.

Mi quehacer en el diario batallar de cada día se realiza en el campo; los acontecimientos vividos y sus resultados los expongo con la originalidad en que se sucedieron.

He dado algunas conferencias sobre temas taurinos. En el Colegio de Sevilla, en abril de 1981, hablé de las modificaciones que creía que debían hacerse en el Reglamento de Espectáculos Taurinos entonces vigente; ese

mismo día indiqué la necesidad de la especialización taurina de los veterinarios, sin miras particulares, pues estaba próxima mi jubilación; pero entendí y entiendo que por encima de la abeja está el enjambre.

Especialidad, repito, que despierte inquietudes en nuestros compañeros por esta sugestiva e importante faceta de nuestra profesión, pero no olvidando que exige afición y profundos conocimientos para ostentarla con decoro y que, ciertamente, proporciona inmensas satisfacciones, buenos ingresos y, sobre todo, indiscutible prestigio ante los ganaderos.

En el año 1987 intervine en Écija con una conferencia sobre el afeitado en la Peña Taurina de aquella localidad.

En 1989 estuve en el Círculo Mercantil e Industrial de Sevilla, inaugurando el Ciclo de Conferencias sobre Temas Taurinos, que comenzaba en la citada entidad.

El 30 de enero de 1997 actué en esta Academia, disertando sobre el tema *El campo, el caballo y el toro*, uno de mis últimos trabajos.

Esta labor la he realizado con placer, dada mi afición favorita. El hacer y el crear es cosa sencilla, cuando la impulsa el amor. Expongo todo el material de mi trabajo en breves monografías, trabadas unas veces por el mismo orden que el suceder de la Fiesta proporciona y otras, en agrupaciones caracterizadas por un denominador común de referencias.

Por mi afición, me ha sido fácil adentrarme en ese laberinto de emociones, de sacrificios, de triunfos, de fracasos, de gloria y de tragedia que es, en definitiva, nuestra Fiesta Nacional.

Celebro los éxitos y el bienestar ajenos, como propios.

Jamás sentí amargura, porque ésta nace siempre de la desproporción entre lo que anhelamos y poseemos.

Gracias a Dios, siempre mantuve equilibrio económico, teniendo perfecta coincidencia entre mis aspiraciones y mis realidades.

Soy constructivo: me gusta conversar, crear, unir, edificar, en resumen, hacer labor positiva.

Siempre hice el bien por el bien mismo, sin ánimos de recompensa, por propia e íntima satisfacción.

Me he movido impulsado por estímulo de compañerismo, de ética profesional y de equidad, con constante afán de superación, tratando de alcanzar altas cotas, pues creo, como **Bernard Sbaw**, que en la vida no es

realmente fácil ser algo, *“excepto ser vulgar”*, ya que en ésta no hay ascensores, sólo se puede subir por ella a golpe de alma.

No faltará quien piense, que soy poco menos que un dechado de virtudes; tengo, como no, mis defectos, pero no debo ser yo quien los manifieste.

El justo y recto proceder profesionalmente jamás me apartó de actuar con equidad; ello crea inconvenientes, pues no todo el mundo acepta la verdad o al menos lo que entiendo que era. A este respecto, os digo que después de dieciséis años llevando la representación, en la Plaza de Toros de Sevilla, de la Unión de Criadores de Toros de Lidia y de la Empresa Pagés, con plena satisfacción por ambas entidades, una tarde de abril de 1995, en cuya mañana, por parte de los compañeros de la Administración, se habían reconocido nada menos que trece toros, de los cuales fueron desechados por falta de trapío diez, aprobándose solamente tres, y que de haber estado yo formando parte del equipo de veterinarios los hubiera eliminado también, Televisión Española me preguntó mi criterio y dije que estaba totalmente de acuerdo con la actuación de los veterinarios y que la Plaza de Toros de Sevilla, de prestigio no sólo nacional sino internacional, era acreedora de mejores toros.

Ello motivó que al día siguiente la empresa se sintiera molesta por mis declaraciones. Y fue entonces a partir de aquel día cuando termina mi cometido. Nunca claudiqué ante nada ni ante nadie, cuando creía que estaba emitiendo dictámenes justos y verdaderos. Esta forma de ser, y yo soy así, creó en mí esa situación a la que antes aludo, y si cien veces se me presentara, cien veces la resolvería de la misma forma; es decir, con la razón y la fuerza que da la verdad.

Pero esto ya es historia, aunque ésta no la hacen los que creen hacerla, sino también los que la cuentan; y la voz del perjudicado, si sabe tener la razón que el prejuicio da hasta al que no tiene razón, *“esa voz es a la larga la que más alto suena.”*

Estoy totalmente satisfecho de mi actitud. Como veterinario, defendí a mis compañeros en sus justos dictámenes, que es tanto como hacerlo con la profesión.

Estimo que tuve un gesto sobrio y elegante, de buen lidiador de la vida, en una tarde difícil de nuestra feria abrileña, pues creo que supe encontrar el garbo para seguir adelante.

Describo esta situación motivada por la ética y la honestidad profesional, no poniendo en ella el alma, admiración o cariño, sino como si fuera “de oficio” y utilizando un símil taurino, lidiando un toro que se te viene encima y que estás deseando quitártelo de en medio, con el mayor decoro posible, pero “sin echarle sentimiento.”

En definitiva, éstos son gajes del oficio, como las cornadas en los toreros.

Tuve, como no, momentos críticos, en que la adversidad –la llamo así por elegancia espiritual- parecía querer destrozar mi fortaleza; cuando mi reacción normal hubiera sido la del pedernal, mellando el puntero que lo desbastaba, mi espíritu imitó al sándalo, perfumando al hacha que le cortaba.

Seguí a **San Agustín** cuando decía: *“El oro se afina y la leña se quema. Con un mismo trillo, el trigo se limpia y la paja se quebranta; con una misma tribulación, el bueno se mejora y el malo se arruina.”*

Estimo que he sido y soy, a mis años, trabajador infatigable, hasta creer que el trabajo es, si no la única, sí la principal razón de mi vida. El trabajo alivia el dolor; la alegría de vivir nos viene de la alegría de trabajar. En el campo, mi lema es: *“mientras lo mando, lo hago.”*

Ni el halago ni la censura nunca me sacaron de quicio; para vivir feliz y tranquilo, me basta con estar conforme conmigo mismo; lo importante, no es la felicidad conseguida, sino la que se busca; no la meta, sino el esfuerzo para llegar a ella.

Creo haber sido cordial en el trato social, aunque actualmente se suele prescindir de la buena educación -sobre todo cuando se conducen automóviles-, educación que es para mí, como un sistema de muelles y resortes convencionales entre los individuos, para evitar o al menos retrasar el mordisco.

He recibido en mi ya dilata vida profesional, agradables sorpresas, pero que me inunde el alma y me obligue tanto como este acto, no podía ni soñarlo.

Me ha gustado convivir con el pasado histórico, discerniente de valores y sentidos. Igualmente, he sabido que la historia es maestra de la vida, brindando ocasión fácil para lograr lo que en el vivir de los vivos suele ser penoso; aislarse de la insignificancia, de la vulgaridad y de la maldad. Sumirse en la buena historia, es como ir de visita a casa de gente,

cuya virtud fue probada al irse decantando con el tiempo. Y a estas visitas se va siempre con profundo respeto.

Pero el hombre vive del pasado y desde el pasado. El hombre es, en gran medida, su biografía. Su personalidad consiste, fundamentalmente, en lo que ha hecho. A fin de cuentas, se es lo que se recuerda.

Al pasado le tengo un profundo respeto, hacia la labor que se realizó; el presente, es la obligación de continuar, aumentando esa obra. Mas lo importante, y así lo entiendo, es el futuro, lo que está por saber dónde para todos, porque ese misterio profundo del más allá en la vida, o del más allá en otras vidas, es lo que espolea el espíritu, que ganando terreno en el alma, determina que el hombre no esté satisfecho de sí mismo "*porque todo le parece poco*". Considero, por otra parte, que no he llegado todavía al término de mis deseos, pues tal vez en ninguna cosa le es dado al hombre llegar a omega. Así pues, su única gloria es encaminarse a él, ya que el alma tiene ilusiones, como el pájaro alas.

Por último, al hacer balance de mi vida, tengo la satisfacción de no tener que arrepentirme de nada.

Éstas han sido a grandes rasgos mis actividades profesionales; otras, por su menor importancia, no las cito y ningunas expuestas por vanidad profesional, que poco valen sino como ejemplo individual de actividad humana.

Sentimentalmente, creo que las vidas de los hombres están llenas de primaveras y otoños. La juventud, es como un caballo loco que atropella todo lo que encuentra a su paso. Cuando las arrugas se hacen más persistentes y el brío de ese animal, que todos llevamos dentro, acusa las primeras flojeras, surgen las primaveras del alma en medio del otoño de una vida. Es cuando la madurez trata de dar a su cuerpo una razón de ser más profunda y es cuando brotan los grandes amores, casi siempre imposibles de realizar; es entonces, cuando los hombres de sentimientos dan rienda suelta a sus pasiones.

A mi edad se vive y se ama con una generosidad y entrega desconocidas a los veinte años y ello hace que todos los días esté en el campo; quiero aprovecharlo, antes de que el jinete sea impotente para espolear al caballo. Porque la inmersión en la naturaleza apaga los ruidos, te hace conciliar el sueño, abre el apetito y, por si todo ello fuera poco, te hace olvidar contrariedades y desengaños. Admiro sus encantos, sus silencios. Es, mi modesta finca, aposento, lugar de estancia y de placer; su tierra es

un regazo de paz, donde trabajo, descanso, sueño y canto. De este campo partí un día ya muy lejano y en otro día vuelvo, como en los cuentos.

No en vano, entre el bello sexo, contemplo a nuestras compañeras, madrigales de nuestras vidas, en la dura prosa del vivir cotidiano, que nos traen la alegría esta tarde, perfumando su ambiente, como las mejores rosas de nuestros jardines y que ponen como siempre la nota de color, de simpatía y de belleza.

Al finalizar, me siento turbado por la más íntima emoción, pues esta ilustre Academia me brinda la posibilidad que más puede cautivar y seducir a un universitario. Pasarán los años, y cuando ya hasta vosotros os hayáis olvidado de este acto académico, con que me enaltecéis, yo en cambio, conservaré todavía, como guardan las caracolas del litoral cantábrico, la canción antigua del mar lejano, y recordaré, repito, el eco de este día con resonancia infinita en mi alma. Agradezco las muestras de simpatía y estimación hacia mí; os aseguro que correspondo en la misma medida.

Vine solo, pero marchó acompañado por los recuerdos imborrables de este acto que he pasado junto a vosotros.

Gracias a todos, compañeros y amigos, pero muy especialmente a mis ilustres compañeros de la Real Academia.

Hoy, firmemente he creído que existen dos clases de hombres: los que hacen posible la vida de los demás y los que la hacen agradable, entre los cuales, se encuentran ustedes.

